Los amigos liberales ingleses

Manuel Moreno Alonso
Universidad de Sevilla

LOS AMIGOS LIBERALES INGLESES

Al hablar de las fuentes del primer Liberalismo español, usualmente se despersonaliza su procedencia. Y da la impresión como que las ideas han caído del cielo, o han venido por arte de magia. Sus orígenes se han buscado en los principios "liberales" de la Ilustración; o en la influencia ideológica ejercida por Francia en los años en torno a la Revolución. De esta forma se tiene la impresión de que el liberalismo se ha generado por ósmosis, o reproducción espontánea.

Todo esto ha hecho que, continuando los caminos trillados, nos hayamos desentendido de los contactos personales entre los propios liberales; y, por supuesto, de las influencias que en su difusión ejercieron los liberales de aquí o de otros países sencillamente por razones de amistad. Cuando, como es evidente, el Liberalismo español no se explica sin la enorme influencia personal ejercida, por ejemplo, por un inglés notabilísimo —Lord Holland— en un grupo de amigos españoles, que son quienes inventaron y pusieron en marcha el Liberalismo en España.

Pues es evidente que aquellos amigos —con nombres y apellidos— van a convertirse en los protagonistas principales de la nueva época y del Nuevo Régimen. Y ésta fue una relación fruto de una experiencia directa en el trato diario, en el boca a boca de un grupo de amigos empeñados desde el principio en luchar por las nuevas ideas y en difundirlas en España.

Conocida ya la extraordinaria influencia ejercida por Lord Holland, hay que destacar la existencia de un conjunto de personalidades inglesas que simpatizaron con los españoles; y ayudaron a estos a entender y mejorar aquellas ideas. Y esto en una época en que todo lo inglés se convertía en faro de luz para los españoles. Con la particularidad de que esta influencia es palpable, y mayor de lo que durante muchos años se creyó. Y paralela, al mismo tiempo, al desenvolvimiento de la revolución en Francia. Pues el primer viaje del propio Holland a España es del año 1793, el año de la guerra contra la República francesa.

En este grupo de ingleses distinguidos interesados por la causa de España tras el desencadenamiento de la Revolución en Francia están en primer lugar los mismos amigos del propio Lord. Un grupo de amigos —algunos de ellos

desde los tiempos de Eton—, todos ellos personalidades bien destacadas en el mundo de la política inglesa de su época, y todos ellos interesados también en los asuntos de España: lord Carlisle, Canning, Hooklam Frere, Robert Smith; o, una generación más joven, Lord Grenville, Lord John Russell o Palmerston.

Las relaciones de los españoles con estos ingleses eminentes fueron facilitadas por Holland, dada la pasión desencadenada en Inglaterra por España, especialmente tras el levantamiento de 1808. Y aunque existan grandes vacíos documentales para probar en cada caso estas relaciones personales con la excepción de las mantenidas con Lord Holland, es evidente que las hubo. Por supuesto no fueron todas del mismo calado ni de la misma intensidad, especialmente en una época en que los asuntos de España —entre 1808 y 1839, por fijar unos años bien representativos— tanto interesaron en Inglaterra. Y en los cuales tantos españoles, como nunca había sucedido con anterioridad en la historia, vivieron exiliados en Inglaterra.

De donde la razón que asistía a Evaristo San Miguel cuando resumía la etapa inglesa de Argüelles diciendo que "leer, pensar, conversar con sus amigos, he aquí lo que sobre poco más o menos debió de absorber y absorbió efectivamente su existencia". Y con lo que coincidía, igualmente, Alcalá Galiano cuando, al recordar, por su parte, los años de la emigración política en Londres, decía también de Argüelles que era "ilustre entre los ingleses, y relacionado con gran parte de lo más distinguido de aquel pueblo".

Prácticamente, lo mismo que ocurrió con Quintana, quien, cuando escribió sus *Cartas a Lord Holland* lo justificaba diciendo que "(...) pareció conveniente dirigirse a un ilustre extranjero con quien de mucho antes unían al autor relaciones estrechas de aprecio y amistad". Ilustre extranjero —"aficionado a nuestras cosas, defensor perpetuo de los intereses de nuestra libertad, y respetado en toda Europa por su carácter y sus principios"— a quien el autor de las famosas *Cartas* habla como un amigo que tantas muestras daba de "afición e interés de las cosas de España".

De este planteamiento se deduce por consiguiente que, de todas las influencias extranjeras en el primer Liberalismo español ninguna fue más directa, más personal y, sin ninguna duda, más grande que las inglesas. Y encima, buena parte de ellas se forjaron en clave de amistad y simpatía con los españoles. Porque, contra lo que se ha venido suponiendo, la influencia liberal francesa por razones obvias de la Guerra de la Independencia, será menor y mucho menos personal. En otras palabras, que la clave del Liberalismo español, en construcción a partir de 1808, está en Inglaterra; y en estas relaciones personales.

La amistad, tema frecuente de los autores clásicos, constituyó un auténtico culto en aquellos hombres tal como se advierte en sus relaciones persona-

les, en sus diarios o correspondencia. Y su influencia fue de tal consideración que, en realidad, sus ideas y obsesiones no pueden entenderse sin los lazos de intimidad y afecto surgidos entre aquellos amigos. Pues como reconocían los propios amigos ingleses, España era un país dotado de manera excepcional para la amistad, por la propia idiosincrasia de los españoles.

Para Blanco White —el más amigo de Lord Holland entre los españoles— la amistad constituyó un auténtico culto. Su vida, y paralelamente sus ideas y sus obsesiones, no puede entenderse sin los lazos de intimidad y afecto hacia sus amigos. El hecho de haber tenido una infancia "solitaria", influyó en sus años siguientes a la hora de estimar la amistad como uno de los valores más apreciables del hombre. Y, en su caso como en el de los demás, la fortuna, y también desde luego sus cualidades, le dieron un conjunto de amigos, tanto en España como en Inglaterra, realmente excepcional.

Más allá de la "hiperbólica urbanidad de mis compatriotas", de que habla a propósito de la costumbre hispana del ofrecimiento de la casa con intención más bien protocolaria, Blanco se refiere con frecuencia a la extraordinaria capacidad para la amistad de los españoles. Y él, como sus amigos españoles, intensificaron los lazos de amistad por comunidad de ideas. Por su propia experiencia sabía muy bien que las preocupaciones comunes, en medio de peligros y sufrimientos, "especialmente cuando son de orden espiritual, vienen a ser con frecuencia el más rápido e indisoluble lazo de amistad".

Y, además, según sus palabras, cuando a todo esto se añade "el poder unificador de una comunión tan plena en ideas y sentimientos como la confianza con que dos amigos se entregan mutuamente su libertad, sus bienes y su misma vida, difícilmente puede medir la imaginación el cariño y la íntima confianza de dos honestos corazones que se han unido de forma tan decisiva". El creía firmemente también que "los españoles que han sido capaces de romper las redes de la superstición tienen una sorprendente facilidad para conocerse". Por ello cuando se producía la ruptura de esos lazos por diferencias ideológicas su amargura aflora en sus escritos de forma evidente. Sobre todo cuando ello derivaba de "una triste estrechez de ideas", tal como anotaba en su *Autobiografía*.

Precisamente su periódico londinense *El Español* lo concluirá, en su último número, diciendo que "...difícil era escribir cuando la injusticia y el insulto me acometían por todas partes, cuando mis llamados amigos me abandonaban o se declaraban enemigos por ganar la popularidad de un día a mi costa, cuando los partidarios más opuestos entre sí me creían instrumento los unos de los otros; en fin, cuando sólo y sin más apoyo que la aprobación de un corto número, sacrificaba mi tiempo, mi industria y mi salud a un trabajo ímprobo por su naturaleza, estéril por su objeto y doloroso por mis circunstancias".

No es difícil comprender por consiguiente la amargura que le produjo la actitud de su viejo amigo Juan Nicasio Gallego, cura liberal y buen amigo suyo en el círculo de Quintana, cuando en las Cortes de Cádiz, según se recoge en los *Diarios de sesiones* llegó a decir: "Confieso que el autor de *El Español* ha sido amigo mío; mas cualesquiera que sean las relaciones que me han unido con él, y por las quales debo abstenerme de hablar de su persona, tengo otros motivos muy poderosos para exponer mi juicio, ya que no sobre las miras e intenciones de Blanco, de que prescindo..."

En su *Autobiografía* señalará, en este mismo sentido, el efecto que le causó la primera noticia que tuvo por los periódicos de Cádiz de la reacción ante sus amigos de *El Español*, pues "conocía a los editores de un par de ellos y creía que eran amigos míos, pero la manera injusta e insolente con que me trataban me fue doblemente penosa, porque los hubiera creído dispuestos a haber salido en mi defensa en cualquier ocasión". Blanco señalaba que en muchos casos la envidia —que, según decía, no entraba en el catálogo de sus faltas— podía considerarse como un veneno de la amistad entre los compatriotas. Pero, por suerte, en el caso de la amistad de los ingleses con los españoles, esta amenaza era mucho más remota.

En su caso, la amistad de Blanco con los ingleses se fraguó en los diversos lugares en que transcurrió su vida. Ya en Madrid, en la tertulia de Quintana, estrechó lazos de verdadera amistad con figuras del primer plano en la vida nacional. El personaje, de sensibilidad romántica al igual que algunos de sus amigos españoles, estaba dotado (por su encanto personal, su sensibilidad, su lealtad a toda prueba) para la amistad de forma excepcional tal como se pone de manifiesto en sus cartas a su familia y en las que escribe a sus amigos, lo mismo antes que después de su exilio en Inglaterra.

De esta forma sus cualidades personales le granjearon nuevas amistades, dentro y fuera de España, en las que era común el interés por las "cosas de España". Precisamente varios meses antes de dejar Sevilla le conoció un miembro del Parlamento inglés que, por entonces viajaba por España: William Jacob, a quien el Padre Blanco le impresionó vivamente. Se hicieron amigos en la tertulia del Padre Cepero, donde se conocieron, y en un libro que escribió poco después puso de relieve que "si había un sacerdote sin fanatismo, un filósofo sin vanidad o un político sin prejuicios ese hombre era el Padre Blanco".

* * *

La amistad de Blanco y de sus amigos españoles con los ingleses se explica por la admiración que todos ellos sintieron en su tiempo por Inglaterra. In-

glaterra, que comienza a vivir entonces los mejores tiempos de su historia, se pone de moda en el continente. Y despierta entre los españoles una pasión que supera con creces a la suscitada por Francia, que queda truncada por la Revolución. Aun cuando los hombres más agudos de la Ilustración española fueron conscientes del mayor peso específico del pensamiento político inglés. Pues el mismo Feijoo reconocía que en las "cosas físicas" dio Inglaterra más autores originales que todas las demás naciones "juntas". Así, por ejemplo, la huella de Locke es manifiesta desde Feijoo a Jovellanos, o desde Martínez Marina a Quintana. Y las mismas bibliotecas de los ministros españoles —la misma del ministro Saavedra, a quien conoció Lord Holland en Sevilla en 1809 como miembro de la Central— sorprende por la gran cantidad de libros de política inglesa. Una admiración que está patente igualmente desde Moratín a Blanco y sus amigos más próximos.

En todos ellos era obsesiva la pasión por modernizar España según el modelo inglés. Y pronto muchos españoles tendrían ocasión de contemplar que, en ninguna parte de Europa, el individuo era "más libre, su hogar más seguro, su conciencia más respetada y sus palabras e ideas más independientes". Es la misma pasión que todavía, mucho más tarde, se advierte en Castelar cuando en su *Vida de Lord Byron* (La Habana, 1873) escribió que él "daría un tantico de nuestras costumbres niveladoras e igualitarias a cambio de otro tanto de la libertad inglesa, que jamás ha visto practicada ni en Francia ni en España".

Esta "pasión inglesa" de los españoles se orientó de forma muy particular hacia el sistema político. Justo cuando los adelantos experimentados por Inglaterra, que entonces comienza a vivir su revolución industrial, producen una honda expectación en España. Así fue, por ejemplo, cuando en la fecha lejana de 1762 surgió en Madrid la *Estafeta de Londres* con la observación inicial de que "la observación de la Inglaterra ha de ser siempre muy importante para la España, ya se considere respecto a sus vicios, o ya se medite en cuanto a sus buenas cualidades".

En los mejores años del reinado de Carlos III se advierte ya entre los españoles un indisimulable complejo de inferioridad respecto de Inglaterra que incluso trasciende a los periódicos. Y, a partir de entonces, y sobre todo tras la Revolución francesa, Inglaterra se convierte en el gran mirador de la política europea; y en el más amplio centro de información y difusión de los nuevos ideales.

Un testimonio excepcional de la pasión inglesa de los españoles lo da Moratín, uno de los jóvenes entonces más prometedores de la inteligencia española de la época, y también gran amigo de Lord Holland. En sus *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* da cuenta de su grado de admiración, no exenta de ironía, por la política de los ingleses, tan difícil de entender por los españoles, empe-

zando por el Gobierno. Según cuenta, llegó a oír a Thomas Payne, pocos meses después de haber publicado sus *Derechos del hombre*. E, igualmente, oyó a Sheridan, que le impresionó por su radicalismo.

En sus *Apuntaciones*, Moratín llega a pasar revista a la vida política y social de Inglaterra: sus clubs, sus costumbres más arraigadas, sus formas de divertirse o su gusto por las caricaturas. Lo mismo que se ocupó de las numerosas gacetas de la capital: The Star, The Sun, The Oracle, The Times, The Morning Post, The Morning Cronicle, The Public Advertiser, The Evening Post, The Observer o The Courier. Periódicos que eran partidarios de la oposición, y que declamaban contra el Ministerio con la excepción del *Times*, que era el "más abatido, lamerón y empalagoso adulador del Ministerio", y el *Courier*, "el más acérrimo apóstol de la oposición".

La pasión de los españoles por Inglaterra se advierte de forma llamativa en el caso del mismo Godoy, que fue quien protegió a Moratín cuando se fue a Inglaterra, al igual que otros españoles que se trasladaron años antes de la guerra a Londres. Y, por ello, llegado el momento apropiado, no dudará en atribuirse el mérito de haber introducido en las cátedras españolas las ideas de Locke y Newton. Su actitud será la de justificar su postura de haber querido evitar en lo posible el rompimiento con Inglaterra. Pues, según su explicación, habían sido los ingleses, con Pitt a la cabeza, los culpables del "tenaz" designio de emancipar la América española. Y, durante su exilio en Italia y en Francia, acudirá a Lord Holland para trasladarse, con la protección de su amigo, a Inglaterra.

Desde luego durante más de medio siglo (1790-1840) —por señalar unos límites cronológicos concretos— fueron muchos los españoles que sintieron o vivieron la "pasión inglesa". Y que está presente particularmente en la admiración que Inglaterra suscita en el mundo diplomático, en la Marina, en los fabricantes (ante "todas las operaciones por series"), en los médicos ante los hospitales de Londres, o en los intelectuales, como es el caso de Blanco y sus amigos liberales españoles.

El médico Edward Jenner, famoso descubridor de la vacuna, se lleva la palma de esta admiración lo mismo por parte de los médicos que de los mismos intelectuales. En 1801 la *Gazeta de Madrid* proponía a la admiración de sus lectores su retrato "inmortal". Hasta el punto de que el famoso médico se convierte en uno de los genios tutelares del mundo, adorado hasta el fin de los siglos. De 1806 es la misma Oda de Quintana "A la expedición española para propagar la vacuna en América".

* * *

El interés de los españoles por Inglaterra se vio correspondido en aquellos años decisivos de los orígenes de nuestro Liberalismo, por el que, a su vez, los ingleses sintieron por España. La publicación en la lejana fecha de 1763 por parte del Rvdo. Edward Clarke, Capellán del Conde de Bristol en la Embajada inglesa de Madrid, de sus *Letters concerning the Spanish Nation* generalizó el tipo de libros de viajes: Dalrympe (1774), Harvey (1785, 3 vols.), Swinburne (1780) o Richard Twiss. Y, por supuesto, el más conocido de todos, el del Revdo. Joseph Townsend, *A Journey in Spain in the years 1786 and 1787*.

Un interés éste por los asuntos de España que se manifiesta también en los políticos ingleses. Como es el caso de Charles Fox, el gran líder radical del Parlamento, que era tío de Holland. A quien, en su correspondencia, cuando el sobrino está en España, le escribe párrafos en español, demostrando que conoce, más allá de su admiración por Cervantes, hasta Feijoo y Cadalso. El carteo entre los ministros ingleses y españoles no es tampoco raro. De aquí que Lord Lansdown, por ejemplo, dé cartas de presentación al mismo Holland en 1793 para que visite a Floridablanca; y que aquél no puede darle en persona porque éste estaba confinado en Pamplona por entonces.

Entre los ingleses la guerra de la Independencia ejerció una atracción mágica. Pues el levantamiento en armas de la nación española contra Napoleón provocó una expectación extraordinaria, conmoviendo la opinión pública inglesa. En unos momentos en que el Gobierno inglés (constituido entre otros por el duque de Portland, Castlereagh y Canning) decidió apoyar el levantamiento a pesar de seguir la política de Pitt. Toda la sociedad inglesa desde los notables hasta los menesterosos vibraron ante las noticias que llegaban puntualmente desde España antes de que los mismos soldados que lucharon en la *Peninsular War* contribuyeran posteriormente con sus recuerdos a popularizar las tierras de España. Y después vendrían los viajeros, que tantas "maravillas" contaron de la piel de toro hispana.

En plena guerra, Lord Holland, en mayor medida que Wellington, se presenta ante la opinión pública inglesa como el "amigo oficial" de España y de los españoles; y será él quien pida al Gobierno de S.M. una mayor decisión en favor de la *great cause of liberty in Spain*. Una postura de la que se hace eco hasta la famosa *Edinburgh Review*; al tiempo que los poetas escriben y publican canciones sobre "the Spanish Liberty and Patriotism". Porque la causa de España se presenta como "la causa de la Justicia y la Humanidad".

* * *

Con todos estos antecedentes es perfectamente explicable las relaciones de amistad entabladas entre no pocos españoles distinguidos con ilustres figuras

del mundo de la política inglesa y sus ideas. Lo que se manifiesta en no pocos medios. Cual es el caso, por poner un ejemplo bien representativo, del *Semanario Patriótico* de Quintana y Blanco. Un periódico fundamental en los orígenes del Liberalismo español del que se sigue repitiendo la inexactitud con que le trató Alcalá Galiano, al decir que "empezó a expresarse como un periódico francés de 1790". Lo cual no deja de ser un modo de hablar, porque en el periódico hay no poca expresión inglesa. Pues el número III del periódico iba precedido, por ejemplo, de una advertencia en el que se decía que "hasta que vengan de Inglaterra los papeles públicos que hemos pedido, no podemos dar a la parte histórica del *Semanario* la extensión y complemento que deseamos".

Lo mismo que ocurre, aunque en éste en mayor medida, en *El Español* de Blanco, en el que éste da cuenta del proceder de las Cámaras de los Comunes con la publicación de los artículos del *Bill of Right*, las características mismas de la Constitución inglesa o el funcionamiento del Parlamento británico. En el nuevo periódico, el editor Blanco aprovecha la oportunidad para, de forma obsesiva, dar ideas y argumentos en la línea de la experiencia constitucional inglesa. Y así llega a publicar fragmentos de obras —los más pertinentes para las cosas de España— de sus amigos Paley y Bentham. En su periódico, el mismo Lord Holland publica una *Carta al editor del Español* por "un inglés muy españolado". Y Blanco, en su respuesta, dirá que "de nada necesita España tanto como de ingleses *españolados*, y de españoles *inglesados* en las circunstancias presentes".

Aparte de Lord Holland y su círculo, muchos fueron, en efecto, los "liberales" y "radicales" ingleses interesados por los asuntos de España a lo largo de toda la *revolución liberal*. Aunque, como es evidente, este interés distaba mucho, a diferencia de los del Lord, en cuanto a su fundamento y conocimiento de causa. Pues, en este sentido, no le faltaba razón a Alcalá Galiano cuando señalaba que en Inglaterra "...había preocupaciones en punto a los sucesos de España, imperfectamente conocidos como suelen estarlo en Inglaterra los de todos los pueblos extraños".

Pero no se trata ya de la existencia de un interés más o menos individual por parte de determinados "amigos" de la causa liberal española, sino que existen, también, hasta órganos de opinión, manejados por aquellos e interesados en la misma causa. Es el caso, por ejemplo, de la famosa *Edinburgh Review*. Un periódico, fundado en 1802 por un grupo de jóvenes brillantes, que llegó a alcanzar una gran influencia en la opinión pública inglesa. Pues llegó a lanzar tiradas hasta de 14.000 ejemplares en una época en que el *Times*, por ejemplo, sólo tenía en circulación 8.000. Era el periódico de los *whigs*, es decir el periódico de Holland, y como tal era liberal a la inglesa y reformista. Un periódico que, sin llegar a extremos revolucionarios, dio soporte a todas las causas de ca-

rácter *liberal* emprendidas por entonces en Inglaterra desde la lucha contra la esclavitud hasta la defensas de las reforma electoral y fiscal, y la emancipación de los católicos.

La *Edinburgh Review* se convirtió en el periódico más notable de su tiempo y, desde luego, en el principal órgano de la opinión liberal. Y desde sus páginas se apostó igualmente por la causa liberal española. Por supuesto, los lazos entre el periódico y Holland House fueron muy estrechos. Pues varios de sus colaboradores más representativos —que además más interés demostraron por las cosas de España— eran habituales del círculo de Holland: Francis Horner, Sidney Smith o Brougham. El mismo John Allen —que era amigo de ellos al mismo tiempo que del Lord— frecuentó sus páginas en los asuntos relativos a España. Lo mismo que ocurrió, años después, a su vuelta a Inglaterra en 1811, con Sir James Mackintosh, de quien Blanco trazó, posteriormente, hasta una biografía con el objeto de presentarlo ante sus lectores hispanoamericanos.

En la revista participó con varios artículos, escritos entre 1808 y 1814, otro amigo de la causa liberal española: James Mill, el padre de John Stuart. Igualmente, en sus páginas, sus editores —Jeffrey y Brougham— publicaron el famoso artículo *Don Cevallos* en el que sostuvieron la tesis de que, puesto que el pueblo inglés había expresado sus simpatías al pueblo español y le había dado apoyo, no podía considerarse a todos los reformadores como enemigos del orden.

La publicación del controvertido artículo de *Don Cevallos* llegó a ser el pretexto, por cierto, para la aparición de la *Quarterly Review*, que, a partir de entonces, se convirtió en la alternativa conservadora a la *Edinburgh Review*. Inspirada por el novelista Walter Scott, sus iniciadores fueron George Canning y el editor John Murray que, igualmente, tan involucrados estuvieron en los asuntos de España. No deja de llamar la atención que su aparición, en febrero de 1809, estuvo motivado por la guerra de España. Y en este sentido su tesis, expuesta desde el principio en contra del órgano de los radicales, fue la de que la sublevación española fue obra exclusiva del pueblo, mientras que la nobleza y las clases dirigentes habían claudicado ante la voluntad de Napoleón. En sus páginas queda expuesta la visión *tory*, según la cual la gesta española no fue una revolución sino un movimiento espontáneo de liberación.

* * *

Desde el primer momento, los liberales ingleses —radicales y conservadores— dispensaron a los españoles una calurosa acogida, de la que dio cuenta el propio Alcalá Galiano: "...Nos recibían con los brazos abiertos, como a hermanos y mártires por una causa que les era común". Aun cuando pronto no

tardara en advertirse cierto desacuerdo y enfriamiento. De los que da cuenta, por su parte, el mismo Quintana, posteriormente, en sus *Cartas a Lord Holland*, al decir que "...aun entre los políticos más amantes de la libertad española hay una prevención general contra las Cortes de Cádiz". Pues en realidad la Constitución de 1812, primer pilar del Liberalismo español, no sólo disgustó a los *tories* entonces en el poder sino a hombres como el mismo Holland. Justo lo que palpó, igualmente, Alcalá Galiano cuando escribió en sus *Recuerdos* que "...los *tories*, por entonces dominantes..., y la parte más crecida en la nación que en las cosas políticas influye o toma empeño, había utilizado con aversión a veces excesiva la causa de la Constitución de 1812".

Desde luego, entre los amigos de la causa liberal española desde el principio hasta su triunfo en 1839, Lord Holland fue con toda probabilidad el más fiel amigo de los liberales españoles. Y, por supuesto, el más grande valedor de la causa de España en Inglaterra. No le faltaba razón al mismísimo Jovellanos al llamarle el inglés "españolado". Pero Holland no constituyó un caso aislado dada su gran influencia en el círculo de amigos que asistían regularmente a Holland House. Unos amigos que puede decirse que todos fueron devotos espectadores a su vez de la causa de España. Y entre los que se encontraban muy en primer lugar personalidades tan destacadas como Canning, Peel, Bentham, Russell o Palmerston.

A estos amigos Holland supo transmitirles la pasión que se adueñó de todos ellos. Pues a todos ellos supo abrirles el horizonte con la conciencia de lo que para el presente y el futuro habrían de valer las nuevas ideas. Y, a través del diálogo y de sus conversaciones con los amigos, y con la fe en el hombre y en la razón, contribuyó a diseñar un programa político para España. Por ello Lord Holland y sus amigos constituyen un punto ansiado de orientación para cualquier transformación política de corte liberal.

De aquí que, desde el primer momento, Holland se convierta en el nombre clave de los liberales españoles que, durante la guerra y después de ella en la oposición al absolutismo, lucharon por la libertad hasta conseguirla. Con la particularidad de que el Lord, en materia de cuestiones políticas, siempre habló a sus amigos, lo mismo ingleses que españoles, sin tapujos. Razón por la cual a veces sorprende el tono recriminatorio de sus palabras. Sobre todo cuando no se le escapaba el miedo de los miembros de la Junta Central, por ejemplo, a la "inquietud pública". Pese a lo cual sigue insistiendo a sus amigos españoles sobre la libertad de opinión y la reunión de Cortes; con la idea de unas Cortes "adaptadas a las luces del siglo". Algo que para él constituía el *grand affaire*. "Fusiles, Cortes, imprenta libre y actividad" eran, según sus palabras, "los medios para levantar a España al alto grado de esplendor que ha tenido algún día, y a tantos tributos ha derecho a tener".

Lord Holland fue indiscutiblemente el más grande de los amigos liberales españoles desde Jovellanos a Quintana, pasando por Blanco. Con ellos coincidirá en no pocas ideas religiosas y políticas. Su obsesión por las cosas de España se puso de manifiesto, aparte de en sus tres diferentes viajes por la Península, en la amistad con sus hombres, y en la pasión por la cultura española. Al tiempo que los españoles le escriben o le visitan para recabar orientación tanto en los momentos de euforia como en los de zozobra. Quintana se dirigirá a él como un amigo que, habiendo dado tantas muestras de afición e interés a las cosas de España, está seguro va a prestar atención a "la verdad" de la historia reciente española. Y esto es rigurosamente cierto. Porque en Lord Holland los españoles siempre tuvieron al hombre complaciente y bien dispuesto a la ayuda y al consejo. Hasta el punto de que Jovellanos, por ejemplo, le pedía que asistiera a las sesiones del Parlamento para que hablara en favor de España.

La idea que continuamente defiende el Lord ante sus amigos españoles puede resumirse en su obsesión por una "Constitución libre" para España, que garantizara y salvaguardara el futuro de los españoles. Una Constitución de la que dependería nada menos que la misma "prosperidad nacional". Una idea que compartía con él su misma esposa, la famosa Lady Holland. Pues, según el testimonio de Blanco, cuando a los pocos días de su llegada a Londres, visitó a los Hollands, la Lady le recibió "con cierta frialdad, quizás por las ideas demasiado optimistas que ella y muchos de sus amigos se hacían en aquel tiempo sobre el porvenir de España". No obstante lo cual, según el testimonio de su *Autobiografía*, los esposos siguieron dándole "sinceras muestras de estima y amistad". Y su correspondencia con Holland da idea de hasta qué punto ambos amigos —el prócer inglés y el liberal español— estaban de acuerdo en la solución de los problemas de España. Y será por Holland como Blanco se entera —y lo dice con sorna— del nombramiento de la Virgen como Capitán General del Ejército español en Valencia.

Una idea fundamental del Lord era, también, que "la libertad tenía que estar de acuerdo con el sentido que de ella, según los usos y costumbres, tiene cada país". "Cada país —decía— tiene sus usos y costumbres, y más que todos España, que serán suficientes para asegurar la libertad". Y con puntual atención el Lord asistirá a la apasionante lucha que por la libertad mantienen los españoles en su "segunda patria". Y, en este sentido, y desde el principio, la postura personal del Lord ante los inicios de la revolución liberal de España será de fervoroso optimismo.

Desde luego, de los distintos temas de carácter político, los que más interesaron a Holland fueron los de tipo constitucional. Y como tal será testigo, sucesivamente, de los numerosos intentos de reforma liberal ensayados con poca

fortuna por sus amigos españoles. A todos los cuales no deja de decirles que el pueblo tiene que tener confianza en sus leyes y en la estabilidad. De la misma manera que les aconseja moderación. Pues, en su opinión, las Cortes gaditanas, por ejemplo, estaban compuestas de jóvenes de más ardor e imaginación que experiencia o prudencia; y que, además, "habían bebido sus nociones de libertad de los enciclopedistas de Francia, más que de los deseos de su propio país".

* * *

Otro de los amigos destacados de la causa liberal española es James Mackintosh. Desde Valencia, en 1803, su amigo Holland le escribía manifestándole el temor de que el mundo pudiera confundir "el jacobinismo con la revolución, y la revolución con los principios de la libertad". Y años después su amigo Blanco le propondría como ejemplo paradigmático a seguir por los españoles. Y escribirá de él una "biografía ejemplar", en la que dice de él cómo el escocés, cuando era joven, "adquiriendo la instrucción práctica que no alcanza a dar los libros", viajó por Europa en 1789; y en 1791 publicó una respuesta a la famosa obra de Burke sobre la revolución francesa. Pues, observando los acontecimientos de ésta, se convenció de "lo erróneo y peligroso de los principios abstractos que sus autores seguían", y cambió de ruta. Por su parte, Argüelles recibirá sus discursos en los Comunes. Y, en Holland House, hablará de la Revolución española de 1820 junto con su amigo Schlegel, a su paso entonces por Londres.

El bosquejo biográfico que de Mackintosh trazó Blanco en *Variedades* es muy revelador de lo que éste quería hacer llegar a sus lectores de España y América. De donde la insistencia en determinados puntos: que era de familia "antigua y distinguida"; que había viajado por el Continente; que había polemizado con Burke; y que después rectificó y se convenció de "lo erróneo y peligrosos de los principios abstractos" de aquélla. De aquí que no tardara en persuadirse de que la "reforma repentina y violenta" de las leyes y costumbres de todo un pueblo es imposible. Al español le gustaba insistir en su idea de que "todo hombre de luces debe consagrar su vida a promover los intereses de la libertad legal, tanto política como religiosa". El escocés, finalmente, según aquél, era contemporáneo de la "constelación de ingenios" escoceses del que era figura sobresaliente Adam Smith, "creador de la ciencia de Economía Política".

* * *

Entre los ingleses amigos de Holland, e interesados por la causa liberal de España, está Lord Henry Brougham, quien hizo un tour por el continente en 1804. Y está detrás de las publicaciones sobre España de la *Edinburgh Review*. El fue quien facilitó al Conde de Toreno y al Vizconde de la Vega el que asistieran al Parlamento. Desde Londres sigue de lejos el viaje de los Holland por España en 1809. Y, desde Sevilla, el secretario de los Holland, el omnipresente John Allen, se comunica con él; y le mantiene al tanto de la convocatoria de Cortes. Amigo a su vez de James Loch, Francis Horner y Wilberforce, todos ellos están al tanto de los sucesos de España.

Otro amigo de Holland, que sigue atento la causa de España, es Lord Grey. Y aunque, durante la guerra, daba por perdida la causa de aquélla, tenía puestas sus esperanzas en "the war of the Guerrillas", sintiendo que los españoles en aquellos momentos no usaran más de este "sistema" que el de luchar en campo abierto con los franceses. Formado en el modelo de Pitt, en los momentos de entusiasmo de 1808 se sentía conmovido por la situación de los "pobres españoles". Y, según decía a Holland, si él fuera español, el hubiera hecho lo mismo que los patriotas españoles. No obstante lo cual, más tarde, confesará a Lady Holland que estaba seguro que "la revolución de España no parará aquí". Con pesimismo, con Holland hablará de la "apatía del pueblo, la ignorancia del Gobierno, y la falsedad de los individuos". Y en un momento dado no dudará en decirle a su amigo el Lord que en España "podía estallar una revolución jacobina más sangrienta y cruel que la de Francia". Razón por la cual, al final, muestra su contento con el triunfo de 1834.

Otro amigo de Holland interesado por la causa liberal de España es Lord Grenville, quien, no obstante, hablará a aquél de la baja estima que tenía por los políticos españoles. La suya era, desde luego, en este sentido, la experiencia que tenía de Urquijo, "el hombre más estrafalario e incapaz" con quien se había relacionado en su vida. Pero, pese a ello, compartía con su amigo su interés por España, y no pocos de sus mismos puntos de vista. Pues, para él la solución de los asuntos de España estaba, al igual que para el Lord, en la reunión de Cortes, y en el establecimiento de un "Gobierno central ejecutivo". Interesado por lo español, tiene dedicada la primera edición de la *Gramática* de Salvá que se conserva en el Museo Británico (British Library). El personaje fue miembro del Consejo Privado del Rey, y Secretario de Estado.

Figura sobresaliente de la política inglesa cuando comenzaba a alborear la lucha por la libertad en España fue la del ministro Canning. Otro personaje, amigo de Holland, y seguidor de la causa liberal española, a quien Blanco dedicó también otro bosquejo biográfico en *Variedades*, proponiéndolo ante los españoles e hispanoamericanos como ejemplo de un gobernante modélico. Un hombre, letrado de profesión, y muy aficionado a la poesía. Según su bosque-

jo, el gobernante, hijo de comerciantes de ascendencia irlandesa, había estudiado en Eton y en Oxford. Y a los 22 años era miembro del Parlamento, donde fue amigo y admirador de Pitt. Blanco le presenta como "amigo verdadero de la libertad constitucional". Y como tal fue uno de los más "célebres contrarios de los principios de anarquía y desorden que los franceses propagaron por Europa". Para alguien que a la altura de la revolución española de 1820 se había transformado en un liberal bien moderado, la vida y las ideas de Canning podía constituir un ejemplo de cuál era la carrera de un gobernante inglés atento a las cosas de España.

Sir John Bowring es otro de los amigos de los liberales españoles. Hijo de una antigua familia de comerciantes y famoso políglota, estuvo en la Península en 1813; y en 1820 publicó *Observations on the state of Religion and Literature of Spain*. Liberal, radical y enemigo de la trata de negros, fue un cualificado observador de la situación política de España e informador de los Holland. En 1822 fue detenido en Calais con papeles comprometedores en los que advertía a los liberales de España y Portugal de la inmediata invasión de la Península por los franceses. Admirador de Mina, formó parte del Comité de Ayuda, al que asesoraba Villanueva y Alcalá Galiano.

Una figura de especial relevancia es la de Lord John Russell, sobrino de Holland, a quien acompañó en su viaje por España de 1809. Muy joven entonces, desplegó un gran entusiasmo por la causa de España, y desde entonces tuvo contacto con los españoles. En 1811 volvió a Cádiz, donde coincidió con Vaughan, interesándose por la marcha de las Cortes. Y desde aquí le hablará a Holland de las "follies and absurdities of our friends the Spaniards". Famosa fue su visita a Napoleón en la isla de Elba (25 diciembre 1814). Y en su larga entrevista, en la que el emperador le hizo muchas preguntas sobre las Cortes, cuando le dijo que se "habían hecho grandes discursos sobre cuestiones abstractas, que habían fracasado cuando se habían llevado a la práctica", Napoleón le dio la razón del fracaso: "Oui, faute de l'habitude de gouverner". En 1820, en los Comunes, defiende "la mutación política de España". Con el tiempo Russell —elogiado por Blanco— llegó a ser en dos ocasiones primer ministro de Inglaterra.

Entre los amigos de los liberales españoles ocupa un lugar muy destacado, y desde el primer momento, John Allen, médico particular primero y, después, confidente y amigo inseparable de Lord Holland. Conoció al Lord en 1801, precisamente a causa de su viaje a España, y le acompañó durante todo el tiempo en calidad de médico; al igual que en su viaje de 1809. No obstante sus principales intereses fueron la historia y la política. Al tiempo que se contagiaba de los intereses mismos del Lord: simpatías por los principios del partido whig, celo en promover la reforma política en Inglaterra, y atención muy par-

ticular al proceso constitucional español. Aspectos en los que se convierte en un gran experto a la vez que un apasionado de la causa de las Cortes.

En realidad sus ideas eran las mismas de Holland. Y extraordinario era su conocimiento erudito de las cosas de España. Precisamente cuando estaba en Sevilla, por ejemplo en 1809, se hallaba enfrascado en la lectura de la *Historia de Murcia* de Cascales, de la que decía que podía "aprender mucho". Y durante su estancia en España aprovecha para estudiar detenidamente la problemática de las Cortes. Hasta el punto de que Jovellanos hablará de "la perspicuidad y solidez que reina en todas sus ideas". A lo que agregaba: "...el justo medio que sigue nuestro Allen es el que, a mi juicio, debe seguirse". Por su parte, Lord Byron diría de él que era "el hombre más informado, y uno de los más capaces que había conocido en su vida, un devorador de libros y un observador de hombres". No pocos de los artículos de Blanco White ya en el *Semanario Patriótico* están teñidos de sus ideas. De sus "apuntamientos" sobre las cosas de España, y particularmente "sur le grand affaire" (número de diputados, su elección y distribución), realizados en colaboración con el Lord, Jovellanos, en mayo de 1809, se declaraba "mendicante". Al tiempo que éste consideraba su plan "muy bien concebido, aunque no sé si será igualmente acomodado a las ideas de *mes confrères*". A Jovellanos, sencillamente, las *Reflexiones* de Allen "en los cuatro puntos de sus *apuntamientos*" le parecían "tan sabias como sólidas".

Ni los elogios de Jovellanos, que al igual que otros españoles (desde Garay a Capmany) le conocieron personalmente en Sevilla en 1809, ni la admiración tributada muy especialmente por Quintana o Blanco al doctor Allen parecen, desde luego, exagerados, quizás más que por sus escritos en sí mismos por su capacidad de análisis y clarificación. En *El Español* Blanco tradujo sus comentarios a la obra de Humboldt sobre Nueva España. Y el editor del periódico londinense no duda en reconocerle como su maestro, junto con Lord Holland, en la "causa de la libertad y la humanidad". Por su parte Allen, cuando todavía Blanco se encontraba en Sevilla a comienzos de la aventura liberal, le escribía a éste, ansioso de oír la opinión de "mis amigos españoles". Y cuando, en septiembre de 1809, termina sus *Suggestions on the Cortes*, muy dentro de la tradición constitucional inglesa, la obra se apresuraron a traducirla nada menos que Jovellanos, Iznardi, don Juan María de Tineo de Jove, el amigo de Moratín, e incluso Blanco White y Alcalá Galiano, realizándola, finalmente, don Andrés Angel de la Vega.

Su entusiasmo por estos se enfría con la Constitución, de la que desconfía; y así hablará de "the absurdity of the Constitution". En septiembre de 1814, en la *Edinburgh Review*, dirá que los liberales habían sido bien intencionados, pero demasiado teóricos en su modo de abordar los asuntos políticos, y

carentes de la moderación necesaria para el buen éxito de un gobierno libre. Allen era consciente, y así lo manifestaba, que el pueblo no estaba preparado para el cambio político radical, y esta tentativa "prematura" había de hecho retardar el progreso de la libertad en España. Y años después, preocupado ante el curso de los acontecimientos que toma la revolución liberal en 1821, confiará a su amigo Blanco que el país "podría volver a teñirse de sangre por los enfrentamientos entre el partido intolerante y los liberales". De la misma manera que en 1823 le confiesa que ha llegado a la conclusión de que el Catolicismo "es incompatible con un Gobierno libre".

De todos los amigos ingleses de la causa liberal española quizás el más conocido sea Bentham, que, en su tiempo, fue reverenciado por los españoles. Interesado por las cosas de España, en septiembre de 1809 entró en contacto con el propio Jovellanos a través del propio Holland. Este lo hace en español, como "a good Spanish lesson to you" a la vez que le decía que podía visitar Sevilla en cualquier momento con "total seguridad". Para los liberales españoles Bentham, como el mismo Holland, se convertirá en un punto de referencia fundamental. A su llegada a Londres en 1810, Blanco lo visita, y le agradece su interés por la causa del país; y sus consejos y observaciones. Al tiempo que le da cuenta de los "buenos efectos" de sus trabajos en España. Pues sus obras son "buscadas y leídas con rapidez"; y estaban siendo tomadas en cuenta por la Junta Central. Blanco a la vez, también, que le comenta sus opiniones sobre la libertad de Imprenta, le habla de sus escritos en El Español.

El conocimiento y divulgación de la obra de Bentham en España tiene lugar en los años del Trienio. Hasta el punto de que los años 1820-23 han sido denominados en la carrera de Bentham "el gran período peninsular". En los años de la guerra, aunque su *Traité de Législation* tenía circulación, su influencia había sido relativamente pequeña. Pero en la nueva década vuelca su atención en el mundo hispánico, justo cuando su postura política, antes más conservadora, se radicaliza en los nuevos opúsculos. En uno de ello, por cierto, recomendará la adopción en Portugal —con ciertas modificaciones que sugiere— la Constitución española de 1812. No obstante sus críticas a ésta, en algunos de cuyos rasgos coincide con Holland. Pero Bentham, a diferencia de éste, aprobaba las bases democráticas del sistema electoral. Desconfiando de la monarquía, su desacuerdo con Holland es más explícito en lo referente a la Cámara Alta.

En 1820, dirigiéndose al pueblo español, exclamaba con entusiasmo: "Españoles! En vosotros ponemos nuestra esperanza; en vosotros pondremos nuestra única esperanza durante mucho tiempo. Salvaos o perecemos. Nosotros somos todavía lo que vosotros habéis sido hasta ahora". En el mismo año José Joaquín de Mora, otro de los exiliados de Londres, traducía y publicaba

sus *Consejos que dirige a las Cortes y al pueblo español Jeremías Bentham. Consejos* que fueron traducidos "por encargo particular de un discípulo de Bentham"; y eran presentados por Mora como "defensor infatigable de la causa de la libertad". Y en 1822 se publicaban sus *Cartas de Jeremías Bentham al señor Conde de Toreno sobre el Proyecto de Código Penal presentado a las Cortes*. Y sería Toribio Núñez (1776-1834), alumno de Ramón de Salas, el divulgador de sus obras: *Espíritu de Bentham, Sistema de Ciencia Social, Obras ordenadas conforme al sistema del autor original y aplicadas a la Constitución española*, etc.

Aunque el interés de Bentham por los asuntos de España y sus colonias se produce hacia 1800, cuando era ya pensador de fama en Inglaterra al defender el principio de utilidad, en realidad es a partir de 1820 cuando alcanzaron extraordinaria popularidad. Su correspondencia de aquellos años con Argüelles, Toreno, José Joaquín de Mora, con las mismas Cortes, y más tarde con Alcalá Galiano, dan cuenta de sus relaciones concretas con destacados liberales españoles aparte de americanos. Inicialmente fue su amigo Miranda quien atrajo su atención hacia la cuestión hispánica. Y ya desde entonces sus ideas penetraron en España, traducidas del francés, poco después de comenzar el siglo, sin grandes obstáculos por parte de la Inquisición. Lord Holland sería, precisamente, uno de sus entusiastas difusores entre sus amigos, hasta el punto de querer "españolizar" sus *Principios de Legislación*. A finales de 1808 escribirá al Lord, precisamente, diciéndole que en uno o dos años se habían introducido en España unos 750 ejemplares de sus libros en traducción francesa.

Amigos de Blanco, como Lista y Reinoso, se contagiaron de sus ideas; hasta el punto de considerarse como discípulos. Así, muchos años antes de que en Salamanca se difundieran sus obras, en torno a las enseñanzas de Toribio Núñez, Blanco White y sus amigos serán sus más famosos entusiastas. *El Español* publicará hasta las primicias de una de sus obras inéditas aún, *Tactique des Assemblée politiques*, que no será impresa hasta seis años después. Cuando Blanco le conoció personalmente quedó encantado. Y le expuso su idea de traducir "para utilidad de las Cortes" el escrito que publicó sobre el *Modo de proceder de la Cámara de los Comunes*. Para entonces era evidente que el editor de *El Español* se proponía, frente al modelo francés, la españolización —como quería Holland— del pragmatismo inglés.

El primer encuentro personal con Bentham, en 1810, se lo detalló el propio Blanco a su amigo Holland. Así le contará que al día siguiente de recibir una carta "very polite", volvió a escribirle, alabando su "filantropía"; y considerando sus escritos fundamentales para la reforma de "nuestras leyes". Y se aventuraba a expresarle que sus escritos "ejercerán una influencia material en el futuro código español si conseguimos tener tal gracia". Precisamente el fervor de Blanco por Bentham y sus ideas terminó justo cuando, durante el Trie-

nio Constitucional, y posteriormente el triunfo de los liberales, se convirtió en el oráculo de los españoles.

En la copiosa correspondencia de Blanco con los españoles no aparece por consiguiente el nombre del primero de entre los españoles que entró en contacto personal con el viejo filántropo. Una vez más las ideas entraban en España con gran retraso. A la altura de 1821, Toreno y Argüelles seguían pidiéndole consejos sobre la libertad de imprenta o sobre la institución de los Jurados, que el inglés contestaba "dictando —según sus palabras— algunas ideas desordenadas". El ensayo de Bentham, de 1823, sobre la situación política de España, debió parecerle a Blanco desordenado y vago en exceso. Aun cuando en la Península se le seguía considerando como el oráculo por antonomasia. Así cuando Reinoso intenta traducirlo en 1823, su amigo Blanco le disuade, diciéndole que "Bentham es mirado generalmente como un hombre de talentos, pero visionario y encaprichado con sus sistemas de modo que poquísimos hacen caso de lo que publica".

* * *

Otra figura relevante de la intelectualidad británica, próximo al círculo de Holland, y muy interesado en las cosas de España es Robert Southey (1774-1843). El es probablemente el más grande de los hispanófilos e hispanistas del siglo XIX. Obsesionado por España, fue el autor de las famosas *Letters from England*, que publicó bajo el seudónimo de don Manuel Alvarez Espriella; y que sirvieron a Blanco como modelo de sus *Letters from Spain*. La admiración de Southey —el poeta laureado inglés— fue tan grande que a veces hasta resulta un tanto hasta exagerada. Con Holland fue el más apasionado de la causa de España en Inglaterra durante toda la época romántica.

Su conocimiento y admiración de España comenzó en 1795 a raíz de su viaje por la Península. Y a partir de entonces sus intereses quedaron definidos: la geografía, la historia, la literatura y la cultura ibérica ocuparían en su vida un lugar fundamental. Vuelto a Inglaterra publicó el consiguiente libro de viajes, sus *Letters written during a short residence in Spain and Portugal*, que conoció varias ediciones, la última de las cuales, corregida y aumentada, apareció en 1808, en dos vols. En el libro dejaba bien claro que "todas nuestras impresiones nos decidieron desde el principio en favor de España". La lectura de los clásicos le convenció, según indicaba, de la "dignidad del carácter nacional" y de que se encontraba "ante una raza diferente al resto de la humanidad".

La admiración por la Península del "caballero español don Manuel Alvarez de Espriella" creció aún más ante el "heroico" levantamiento contra los

franceses en 1808. Y sobre el que muchos años después escribió una de sus grandes obras, su *History of the Peninsular War* (1823-32). Su frecuentación de Holland House, y su conocimiento de Holland, Allen y Blanco, le convierten por consiguiente como mínimo en un divulgador de las cosas de España. Y dada su influencia en los medios intelectuales británicos, es uno de los "amigos" de los españoles y de su causa. El propio Holland le sugirió la colaboración de Blanco en algunas de las revistas en las que escribía el inglés. Y, por su parte, el español en su correspondencia con él llegó incluso a pedirle información sobre el tipo de trabajos literarios, acerca de España, preferidos "por sus amigos, y en caso de que esto no sea demasiada molestia, quizás convendría que preguntara a ellos sobre esta cuestión".

Poco tiempo después, Southey recomendaba al famoso Henry Crabb Robinson (1775-1867), corresponsal de guerra en la Península para *The Times* (y con anterioridad visitante en Alemania de Goethe, Schiller y Herder) que lo visitara. Y le decía que Blanco conocía ya su nombre y que le estaba agradecido "por haber cerrado uno de los canales de calumnias abiertos contra él". Añadía también que el español no era tan optimista como él ante la causa de España, "en parte por lo que los viejos escritores habrían llamado su *complection*, en parte por *ill usage*, pero también por su conocimiento interno de los males de España y, sobre todo, por su profundo sentido de los fatales e irremediables efectos de la religión católica". Y refiriéndose a Blanco señalaba también a Robinson que, con todo (el conservadurismo de Southey era contrario a la atmósfera *whig* de la Holland House) "había hecho un buen servicio por la causa de España, y quizás podía hacerlo mejor si las circunstancias le permitieran volver".

En la correspondencia mantenida por Blanco con su amigo Southey, durante la guerra de la Independencia, abunda en sus ideas de siempre: conducta de la Junta, "inmutabilidad de opiniones" sobre asuntos de primera importancia, desgracias de España por la ignorancia de sus autoridades, el carácter de los individuos que desempeñaban el poder, asuntos de América, problemas de financiación del periódico y el gran defecto de los españoles, expresado por el refrán *el remedio de España*: el aplazar la solución de los problemas.

Por su parte, Southey no cesó en su interés por la causa de España ni tampoco en su ansia continua de información sobre la guerra peninsular de que se ocupó en la *Edinburgh Annual Register* y en la *Quarterly Review*. Incluso indignado por la postura pronapoleónica de los *Whigs* se mantuvo en su línea ultraespañolista, antifrancesa y *tory*, no muy distanciada ideológicamente de la de Blanco, que de su jacobinismo antijovellanista pasó a hacerse cada vez más burkiano. Y dados sus muchos amigos de Cádiz —de los que se enorgullece ante Walter Scott— hasta se aventuró a preparar un programa de "instrucción

nacional de España para el futuro" ante el interés de las Cortes en materia de enseñanza.

La revolución de 1820 en España la sigue Southey con gran preocupación: viendo por una parte "mucho mal" y, por otra, *so much good intent acting erroneously!* Y lamenta el que los viejos Gobiernos no hayan rectificado su política, favoreciendo la acción de los revolucionarios: "España se encuentra en un estado tan deplorable que va camino de una absoluta anarquía. Si otras potencias no interfieren (y yo espero que no piensen hacerlo) el curso natural de tal revolución servirá como un ejemplo *in terrorem* a otras naciones". La información de Southey sobre los sucesos de España es excepcional. En 1824 es tal el lote de libros que está leyendo sobre los sucesos de España en los diez últimos años que, según dice, en realidad no cabrían en la cabeza de un toro.

La publicación de un trabajo en la *Quarterly Review*, en 1823, sobre los asuntos de España —*The Affairs of Spain*— durante la revolución hizo creer a Southey que su autor no era otro que Blanco, y como tal aconsejaba su lectura a su amigo J.T.Coleridge. Y le dice que si "aún no lo ha descubierto, lo leerá con más interés cuando conozca que su autor es un español protestante. Sus sentimientos son exactamente los que yo hubiera expresado, aunque no podría haberlo hecho mejor dado su profundo conocimiento de la cuestión". El reconocido autor escribirá a un amigo diciéndole que "se dará por contento si vive el tiempo suficiente para ver el fin de los males en España y en Hispanoamérica". Y, años después, en 1835, refiriéndose a la *pobre España*, citará a Blanco cuando, muchos años antes, le hablaba éste de su temor de que en la desdichada lucha entre partidos las nación pudiera convertirse en un estado de barbarie como en la Edad Media.

* * *

Amigo de Southey, de Blanco y de la causa de España fue igualmente Samuel Taylor Coleridge (1772-1834), gran poeta y escritor de temas muy diversos. A él se debió el dicho famoso de que "la causa de España (en 1808) nos hizo a todos una vez más ingleses": *the cause of Spain, which made us all once more Englishmen...*" Y, en efecto, entre diciembre y enero de 1810 dio a luz en "The Courier" una serie de ocho *Letters on the Spaniards*, cuyo propósito no era otro que "unir a cuantos simpatizan con los españoles en su lucha presente, cualquiera que sean sus diferencias políticas en casa". Coleridge, participando de las ideas de Southey, era de la opinión (diciembre 1809) de que "los nobles esfuerzos del Patriotismo español fueron los primeros en restaurarnos, sin distinción de partidos, a nuestro característico entusiasmo por la libertad". Y, dada la "inmediata y universal simpatía" que los sufrimientos injustos de Es-

paña estaban motivando, su propuesta no era otra que la de luchar con España y por España.

Para Coleridge la lucha de España es de un interés fundamental "para los ingleses de principios ingleses", puesto que en ella "un pueblo ofendido y atacado combate por su religión, por su independencia nacional y por sus deseos de reforma desde sí" (*self-originating Improvements*). Parte de la base de que "no pueden hacerse conjeturas sobre el futuro de España mientras no se haya vivido durante un considerable tiempo en ese país, hasta haberse familiarizado con los diferentes caracteres de sus distintas provincias". Ante la desilusión de los ingleses con las derrotas españolas, Coleridge atribuye éstas no al carácter de los españoles sino al propio de la naturaleza humana, y consecuentemente debía haberse vislumbrado con anterioridad.

A Coleridge le interesaba románticamente todo cuanto fuera español como a su amigo Southey. En su famoso periódico *The Friend*, en que acogió con calor el grito patriótico de 1808, a la vez que comparaba los horrores de la Inquisición con la Bastilla francesa, insiste en la necesidad de dar a conocer del público inglés la literatura española. Inclusos llega a considerar superior la caballerosidad española (*the character of a wellborn Spaniard, unexampled in the rest of Europe*) a la ingleasa, el carácter y sentimiento tradicional del *gentleman*. Todo lo cual explica el interés por la causa española vivida por los amigos ingleses.

* * *

Más joven que los anteriores, y atento igualmente a la causa de España, es John Stuart Mill, el hijo prodigio de James Mill, que entró en relación con Bentham a través de Miranda. Por sus relaciones con Blanco en su etapa de Liverpool, cuando era un joven de poco más de treinta años, sabemos de su interés por España, justo cuando le sugería al español que comentara el libro de Tocqueville, *De la démocratie en Amerique*; o que se ocupara en la *London Review* de las obras de Martínez de la Rosa. Interesado entonces por el comentario de obras políticas, el español le propuso ocuparse por su parte de las *Conferencias* de Guizot en un largo trabajo porque hay "una masa enorme de cosas" que conviene examinar, y si lo propone es porque "he estudiado atentamente su obra". El comentario, por cierto, una vez escrito, le pareció "excelente" a Mill que le pide que lo complete con algunas observaciones finales en torno al análisis que el sistema feudal hacía el historiador francés.

De España Blanco le dice a Mill por entonces que está leyendo las *Memorias* de Godoy con la idea de escribir sobre ellas y que se halla indignado por el "bárbaro tratamiento" que el personaje ha recibido tras su desgracia. Es

consciente —le escribe— de que los lectores de la Revista no tienen mucho interés por las cosas de la política española de otros tiempos pero "por el honor de la Revista misma" manifiesta su deseo de tratar el tema de forma que atraiga alguna simpatía para un hombre al que Europa no sólo ha condenado sino pisoteado porque "un grupo de individuos que se llaman a sí mismo patriotas españoles decidieron con mal disimulada envidia calumniarle, cuando él podía dar fe de que España lamía el suelo adulándole".

En su interés por las cosas de España —iniciado, según confiesa en su *Autobiografía* cuando leyó en su juventud un libro sobre la revuelta de los holandeses contra Felipe II— hay no pocas similitudes con la visión de Blanco. Como éste, se interesó por el estado de la esclavitud en España, o por los efectos de la Inquisición, causa a su juicio de la decadencia de su "grandeza nacional". Y puede considerarse como de Blanco la idea suya de que una de las causas de los problemas de España era la envidia, que Mill ponía en relación con los pueblos orientales y del sur de Europa. Pues, en su opinión, a ello se debía en buena parte el que los españoles hubieran perseguido a todos sus grandes hombres, amargando sus vidas y generalmente paralizando pronto sus logros.

También es de Blanco la alusión que hace Mill en su famoso ensayo *Sobre la libertad* al hecho de que en España "se mire a un clérigo casado no solo como a una persona antirreligiosa, sino impúdica, indecente, grosera y repugnante". También coincidía Mill con Blanco en su visión de la colonización de Hispanoamérica y de la desatención por parte del Gobierno español de la opinión pública. Realmente, en cuanto a la situación del país de Blanco, Mill participaba de sus mismas ideas. Antes de conocerle había abominado del despotismo de Fernando VII, "contrario a las expectativas de los españoles" tras el fracaso de la experiencia liberal de 1820, y, muerto Blanco, sigue con interés las zozobras de la política de España en sus relaciones con las potencias europeas. Y en cuanto a la *cuestión católica* de Irlanda para él estaba clara su similitud con el caso de España.

Y, por supuesto, la idea de Blanco, según la cual el problema de España se debía ante todo a la inestabilidad política y social de sus habitantes, no era otra que la misma de Mill, para quien *the condition of stability in political society is a strong and active principle of cohesion among the members of the same community*. Tampoco, finalmente, difería mucho Mill de las ideas de Blanco cuando aquél, en carta a Tocqueville criticaba el orgullo vano de Francia o España en cuanto a los que constituye la *national glory* y la *national importance*. En la misma carta, por cierto, le dice también que, en Inglaterra, hasta "las personas más estúpidas e ignorantes saben perfectamente que la real importancia de un país no depende de la afirmación ruidosa y ostentórea de importancia, que a menudo no es sino el efecto de su impresión de debilidad y no de fuerza. Esta realmente de lo que depende es de la industria, instrucción, moralidad y buen

gobierno de un país; que es a su vez lo que hace que sea respetado o incluso temido por sus vecinos". Una idea de Mill que resume mejor que cualquier otra la de cada vez más españoles que para lograr este estado de cosas en España no vieron otra posibilidad que la de luchar por la libertad.

* * *

En su *Autobiografía*, Blanco White describe como "guías políticos" a Lord Holland y John Allen. Pero, junto a estos, y entre otras figuras, hay dos personalidades relevantes, amigas también de la causa de España. La primera, por citar dos, es William Richard Hamilton, Subsecretario del Ministerio de Exteriores entre 1809 y 1822. Responsable de la batalla de Alejandría, fue también arqueólogo y, como tal, responsable del traslado de los mármoles de Elgin de Atenas a Londres. Blanco dice de él que demostró gran afecto por los exiliados extranjeros. Próximo a los ambientes hispanoamericanos en Londres, empleó a Bello como tutor de sus hijos. La segunda figura es la de James Moore, hermano del general en jefe del cuerpo expedicionario inglés en la Península, y amigo de Edward Jenner, el descubridor de la vacuna. Fue, igualmente, buen amigo de Blanco y de la causa española.

Un personaje notable, gran conocedor de los asuntos de España y con gran influencia en Inglaterra, fue Charles Vaughan (1774-1849). Profesor en Oxford, con la obligación de viajar durante cinco años por Europa, fue recomendado por el propio Lord Holland a Floridablanca en 1808, y porque quería visitar España, "llevado de la afición que tiene al país, y de conocer a los sujetos que los están dirigiendo". Es autor de un viaje por España en 1808 (traducido por M. Rodríguez Alonso en 1991). Viaja desde La Coruña a Madrid, Aranjuez y Zaragoza. Y será otro de los informantes directos de Holland. Estuvo presente en el sitio de Zaragoza con el coronel Doyle. Y él fue quien hizo famosa en Inglaterra a la heroína Agustina de Aragón. Entre 1810 y 1816 fue secretario de la Legación inglesa en España. Posteriormente, y por mucho tiempo (1825-35) fue representante de Inglaterra en los Estados Unidos.

Francis Horner (1778-Pisa,1817), miembro del Parlamento, es otro amigo entusiasta de la causa de España en Inglaterra. Al corriente de la revolución española por el propio Holland, no comprendía la frialdad con que algunos miembros de la Cámara seguían los asuntos de la Península. Y en ello llega a recriminar a su amigo Canning, ministro de Estado. Horner había aprendido español leyendo el Quijote, y según recomendación que le hizo el historiador Gibbon. Fue amigo, al mismo tiempo, de Holland, Mackintosh y Allen.

* * *

Tras el fracaso del ensayo liberal del Trienio, y a partir del mismo año de 1823, Londres se convirtió en refugio de más de mil familias de liberales españoles, los más de ellos personajes destacados de la lucha por la libertad. Y fue entonces, verdaderamente, cuando Holland House adquiere la categoría entre los españoles de auténtico templo de la libertad, y punto de referencia de la política a seguir. Pues, con la frecuentación de muchos españoles, se convirtió en el norte para todos aquellos españoles que habían protagonizado con la palabra o con la acción el "régimen de libertades" que supuso el Trienio. Se había cumplido la predicción de Larra de que ser liberal en España equivalía a ser emigrado en potencia. Entre aquellos destacados españoles se encontraban desde Argüelles (que fue bibliotecario de la casa) y Martínez de la Rosa hasta Mendizábal nombres como Miguel Ricardo del Alava, Felipe Bauzá, Ferraz, Torrijos, Toreno, el Marqués de Miraflores o Salustiano Olózaga.

Los emigrados españoles fueron bien recibidos en Inglaterra a pesar de la oposición de los sucesivos gobiernos de Madrid en los años de la Ominosa. De la misma forma que la Revolución liberal española había sido acogida, igualmente, con expectación. Pues, como bien ha indicado Raymond Carr, la revolución "creó la imagen, para una generación de románticos europeos, de una nación "sui generis" de una fuerza no contaminada por Europa". A consecuencia de lo cual se produjo incluso una mitificación ante la intelectualidad europea, que no dudó en considerar a España como el país de la libertad. E incluso más: como el último bastión de la libertad. Una idea defendida no sólo por la publicística inglesa (Edward Blaquiere, *Historical Review of the Spanish Revolution*; Joseph Hemingway, *History of the Spanish Revolution*) sino por la francesa (Clausel de Coussergues, *Quelques considerations sur la Revolution d'Espagne*), o la alemana (Heinrich Meisel, *Beiträge zur Geschichte des Spanischen Revolution*). Verdaderamente, en la lucha por la libertad en España, la acción de los "amigos liberales ingleses" desempeñó un papel importante.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

El contenido de este trabajo constituye tan sólo un esquema de un libro en preparación sobre esta cuestión fundamental en los orígenes del Liberalismo histórico español. Y al objeto de no exceder espacio, con el tratamiento prolijo de fuentes y bibliografía, se remite, provisionalmente, a los siguientes artículos del autor:

"Quince cartas sobre el Liberalismo histórico español", *Revista de Estudios Políticos* (Madrid, 1982), núm. 28, 211-226.

"Lord Holland y los orígenes del Liberalismo español", *Revista de Estudios Políticos* (Madrid, 1983), núm.36, 181-217.

"Las ideas políticas de *El Español*", *Revista de Estudios Políticos* (Madrid, 1984), núm. 39, 65-106.

"Los asuntos políticos de España (1831-1840) en los 'Diarios' de Lord Holland, *Revista de Historia Contemporánea* (1985), núm. III,33-53.

"La revolución liberal de 1820 ante la opinión pública española", *Revista de Estudios Políticos* (1986), núm. 52, 91-110.

"Confesiones políticas de don Agustín de Argüelles", *Revista de Estudios Políticos* (1986), núm.54, 223-261.

"Sugerencias inglesas para unas Cortes españolas", *Materiales para el estudio de la Constitución de 1812*, Madrid, E. Tecnos, 1989, 499-520.

"Las ideas constitucionales de Blanco White", *Materiales para el estudio de la Constitución de 1812, Ibidem*, 521-544.

"Principios políticos y razones personales para la reforma del Estado en España (De la correspondencia inédita de M. J. Quintana con Lord Holland)", *Revista de Estudios Políti*cos, 1990, núm. 70, 289-338; .

"El *Semanario Patriótico* y los orígenes del Liberalismo en España", *Anuario de Historia de la Facultad de Ciencias de la Información* (Madrid, Complutense), 1991, III, 167-182.

"Las *Insinuaciones* sobre las Cortes de John Allen", *Revista de las Cortes Generales*, 33 (1994),237-310.

"La prensa española independentista en Inglaterra", *Homenaje al Dr. J. A. Calderón Quijano*, 1997, EEHA, 503-512.

"Los amigos ingleses de San Martín", en Luis Navarro (ed.), *José de San Martín y su tiempo*, Sevilla, Universidad, 1999, 65-90.

Y a los siguientes libros:

La forja del Liberalismo en España. Los amigos españoles de Lord Holland 1793-1840, Madrid, Congreso de los Diputados, 1997, 483 págs.

Blanco White. La obsesión de España, Sevilla, Ed. Alfar, 1998, 680 págs.

Divina Libertad. La aventura liberal de Don José María Blanco White, 1808-1824, Sevilla, Ed. Alfar, 2002, 293 págs.

Y como editor:

Cartas de Juan Sintierra (Crítica de las Cortes de Cádiz), Edición y estudio, Sevilla, Publicaciones de la Universidad, 1990, 143 págs.

Blanco White y el problema de la intolerancia en España, Sevilla, Caja San Fernando, 2002.